

# TEOLOGÍA DE LA EUCARISTÍA

P. Carlos Bazarra, ofm cap\*

## Abstract

*This essay will reflect on the Holy Eucharist from the perspective of the Kingdom of God. In this sacrament we express a personal encounter with Christ, and by his means, with the Holy Trinity. The mystery of the first Love received by God in the beginning of all things prolongs itself throughout our personal history in an affective correspondence, in order to complete itself within the mystery of the fullness of an endless life at the end. The Holy Eucharist is a source and aim of God's Kingdom that surpasses a cosmological consideration and looks forward a human-divine personal dimension in which we are all called.*

**Key words:** *Eucharist, Kingdom of God, Sacrament, God, Trinity, Salvation, Prayer.*

---

\* El P. Carlos Bazarra, ofm cap., nacido en La Coruña (España), es Licenciado y Doctor en Teología por la P.U. Gregoriana de Roma. Ha sido profesor y director de seminarios capuchinos de España por varios años. También ha sido profesor en centros de estudio superior de otras congregaciones. De 1979 a 1990 ha sido profesor del ITER; Vicerrector del mismo de 1986 a 1990. De 1990 a 1996 pasa a ser Rector del Instituto Franciscano de Espiritualidad para América Latina (IFEAL) en Santa Fe de Bogotá (Colombia). Ha ocupado otra vez el cargo de Vicerrector y Director de Teología del ITER hasta ser elegido Superior Mayor de los Capuchinos de Venezuela en 1999. También ha dado clases en el postgrado de la UCAB y otros centros. Tiene una larga serie de libros y artículos publicados en España, en Bogotá y en Caracas y ha sido varias veces Director de la revista «Nuevo Mundo» de los capuchinos de Venezuela de 1980 a 1990 y de nuevo desde 1997; y de la revista IFEAL de Bogotá de 1993 a 1996, además de colaborar habitualmente en otras revistas. Sobre todo ha sido y es animador de la espiritualidad franciscana dentro de las diversas ramas de ese carisma y de toda la Iglesia.

### 1. Introducción

El sacramento de la Eucaristía ofrece una peculiaridad única en la vida eclesial. Hay sacramentos irrepetibles (Bautismo, Confirmación, Orden sacerdotal) y sacramentos repetibles coyunturalmente (Matrimonio y Unción de los enfermos). Frente a estas categorías, emergen los dos sacramentos de la cotidianidad: el del perdón (Penitencia) y el de la vida en plenitud (Eucaristía). La Eucaristía destaca no sólo por dar vida sino por la presencia personal del Hijo de Dios. La Eucaristía viene a ser así fuente y cumbre de la vida cristiana: “De la liturgia, **sobre todo de la Eucaristía**, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin” (SC 10).

La Eucaristía es **cifra**, síntesis, resumen del Reino de Dios. Voy a atreverme a **descifrar** el misterio eucarístico dentro del plan salvador en su triple etapa del misterio de la protología, de la historia y de la escatología.

### 2. Misterio de la protología

Hay una buena noticia en el origen. No es el pecado del ser humano, sino el amor gratuito de Dios. “Antes de haber nacido, y cuando no habían hecho ni bien ni mal –para que se mantuviese la libertad de la elección divina, que depende no de las obras sino del que llama- le fue dicho a Rebeca: *El mayor servirá al menor*, como dice la Escritura: *Amé a Jacob y odié a Esau* (Rm 9, 11-13). La traducción no es correcta. Lo que se intenta decir es que Dios **prefirió** a Jacob, dentro de un marco referencial de amor a todos.

En el origen, Dios pensó en los seres que existirían alguna vez, los amó y los creó. El amor de Dios es siempre creativo: “Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo habrías hecho” (Sb 11, 24).

Pero la creación por parte de Dios es un acto de anonadamiento, kenótico. En una perspectiva cosmológica, Dios se retira para dar espacio a las criaturas. Los humanos no van a ser marionetas en manos del Altísimo; conservarán su libertad. Esta va a ser una característica de la Divinidad: da y respeta la libertad; nunca reducirá a esclavitud a sus hijos<sup>1</sup>. En el principio hay una heteronomía

---

<sup>1</sup> G Ellis: *Kenosis as a Unifying Theme for Life and Cosmology*; en J. Polkinghorne

inevitable: “El que te creó sin ti” recalca San Agustín<sup>2</sup>. Comenta Lévinas: “En la creación, lo llamado a ser responde a una llamada que no ha podido alcanzarlo, puesto que, salido de la nada, obedece antes de escuchar la orden”<sup>3</sup>. Ya no sirve el símil del carpintero que construye un mueble creando una distancia entre la causa eficiente y el efecto. “Aquí no cabe separación alguna: la criatura tiene que estar siendo continuamente puesta en la existencia por aquel que la <hace ser>. De ahí que ya los mismos escolásticos hablasen de creación continua: no algo puntual, que sucedió allá en el comienzo, sino un proceso vivo que está sucediendo en cada momento”<sup>4</sup>.

Lo explicaba yo en otra oportunidad: “Hemos sido creados por Dios. Pero no se puede reducir la explicación a la causalidad eficiente, ni a una causalidad formal (que nos haría estrictamente divinos) sino a una causalidad ‘cuasi-formal’ como explica Karl Rahner: “El ‘cuasi’ debe anteponerse siempre que haya que aplicarse a Dios una categoría intramundana”. Habría que emplear los términos de presencia personal y de encuentro más que de algo substancial”<sup>5</sup>.

Hay que tomar en serio la idea de creación. “Entonces entre Dios y la criatura aparece la máxima diferencia en la máxima continuidad. Dios ya no está fuera y lejos, sino dentro y desde la raíz, sosteniendo a la criatura mediante el acto continuo de su creación”<sup>6</sup>.

Aquí nos encontramos con una paradoja cuyos extremos hay que afirmar, so pena de mutilar el mensaje bíblico de la creación: dar espacio a la criatura para que ésta exista (anonadamiento divino) y a la vez llenar a la criatura para que esta se mantenga en la existencia. La obra ad extra es propia de las tres Personas. Espiritualmente hablamos de la inhabitación de la santísima Trinidad. ¿Sólo por gracia? “Hay cosas permanentes que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre” (Hbr 13,8) (GeS 10). El mismo Vaticano II recuerda que al Pueblo de Dios “quien lo conduce es el Espíritu del

---

(ed.), *The Work of Love. Creation as Kenosis*. New York 2004.

<sup>2</sup> Agustín, Tomo XXIII, *Sermón 169*, p. 661.

<sup>3</sup> Lévinas, *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*. Sígueme, Salamanca 1987, p. 182.

<sup>4</sup> A. Torres Queiruga, *Recuperar la creación*. Sal Terrae, Santander 1997, p. 42.

<sup>5</sup> C. Bazarra, *Vivir el adviento*. CELAM, Bogotá 2000, p. 24.

<sup>6</sup> A. Torres Queiruga, *Confesar hoy a Jesús como el Cristo*. Sal Terrae, Santander 1994, p.47.

Señor, que llena el universo” (GeS 11). El Espíritu no está sólo en la Iglesia, sino en todo el universo. Podemos descubrir los signos verdaderos de su presencia.

Tal vez esta presencia esté en la base de la presencia eucarística, que veremos más adelante. “Si Jesús viene de Dios, no llega de fuera, sino desde la fuente común que nos está constituyendo y manteniendo a todos... La diferencia no lo aleja, sino que, por el contrario lo acerca y lo une más: es diferencia en la continuidad, diferencia por <intensificación> sobre el fondo común”<sup>7</sup>. El afirmar una presencia por gracia no exige negar una presencia por naturaleza, que resulta imprescindible desde la misma creación.

Con la misma lógica podemos preguntarnos: ¿La creación excluye la revelación? Tradicionalmente se ha venido hablando siempre de una revelación natural a través de las criaturas. Pablo lo destaca: “La cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia; pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias (eujaristesas)” (Rm 1,18-21).

Revelación por las obras y revelación por la Palabra. Antes que cualquier obra, fue la Palabra: “Dijo Dios: Haya luz” (Gn 1,3). Primero la Palabra, lo acústico; después la obra, la luz, lo visual. Continúa el relato de la creación: “Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra... Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, varón y hembra los creó” (Gn 1,26-27). La prioridad la tiene la Palabra. “En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por la Palabra y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida” (Jn 1,1-4).

Frente a la Palabra y a la imagen creada por el mismo Dios, debe desaparecer las imágenes hechas por las criaturas: “No te harás escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra” (Ex 20, 4). La razón es obvia. Moisés se lo explica al pueblo: “Yahveh les habló en medio del fuego; ustedes no percibieron figura alguna, sino sólo una voz... Puesto que no vieron figura alguna, no vayan a pervertirse haciendo alguna imagen de Él” (Dt 4, 12-15).

---

<sup>7</sup> A. Torres Queiruga, *Confesar hoy a Jesús...* p. 47.

Nueva paradoja. La revelación etimológicamente es remover el velo y descubrir lo oculto, pero no por eso entramos en la claridad. Continuamos en la oscuridad. El Dios infinito e incomprensible, siempre misterio, añade ahora el ocultamiento histórico. “Ciertamente tú eres un Dios escondido” (Is 45,15). “Dios no suprime su misterio en el acto de revelación; no lo descifra, como si después supiéramos a qué atenernos sobre Dios. La revelación consiste más bien en que Dios manifiesta su misterio oculto: el misterio de su libertad y de su persona. La revelación es, pues, revelación del Dios oculto como tal”<sup>8</sup>. Es lamentable que muchos prefieran hablar de la incomprensibilidad de Dios (problema racional) y no del ocultamiento de Dios (postura personal de Dios como kénosis). Hay que mantener en pie la aparente paradoja: por la revelación Dios se desvela, pero al mismo tiempo se oculta. Nosotros tenemos que dejar a Dios ser Dios.

### 3. Misterio de la historia

Dios ha creado por amor desinteresado, no buscando su propia felicidad, que no necesita porque le desborda, sino regalándola generosamente. Lo definió el Concilio Vaticano I: “Non ad augendam suam beatitudinem nec ad acquirendam, sed ad manifestandam perfectionem suam per bona quae creaturis impertitur, liberrimo consilio” (DS 3002).

¿Luego no nos creó para servirle? Sólo indirectamente, en cuanto que cumpliendo su voluntad (sirviéndole) lograremos nuestra felicidad. Lo que directamente se propone es hacernos felices<sup>9</sup>.

Hombres y mujeres nos encontramos, de pronto y gratuitamente, en la existencia. Somos “viadores”, personas en camino. Evocación espontánea del éxodo: cuarenta años caminando por el desierto, nómadas, “sin ciudad permanente, buscando la del futuro” (Hb 13,14). Y el Verbo viene a acompañarnos asumiendo la realidad del camino: “Yo soy el Camino” (Jn 14, 6). Aludiendo a los discípulos de Emaús, Jesús “se les agregó como un tercer viajero, y el camino comenzó a hablar con ellos durante el camino”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> W. Kasper, *El Dios de Jesucristo. Sígueme*, Salamanca 1990, p. 151.

<sup>9</sup> J.M. Castillo, *Dios y nuestra felicidad*. Desclee, Bilbao 2001.

<sup>10</sup> S. Agustín, tomo XXIV, *Sermón 236*, p. 424.

Dios confía en nosotros. De la heteronomía (“el que te creó sin ti”) pasamos a la autonomía (“no te salvará sin ti”. S. Agustín)<sup>11</sup>. Desde ahora somos responsables.

Es ahora cuando aparece el pecado de hombres y mujeres. En vez de aceptar nuestra condición creatural, pretendemos ser dioses. En vez de escuchar (“la fe por el oído” Rm 10,17) ambicionamos ver y poseer. La responsabilidad por la naturaleza creada, la convertimos en dominación y explotación. Nos imaginamos un Dios déspota, tirano, no un Dios misericordioso. Lo visual es antepuesto a la palabra y se nos miente: “Se les abrirán los ojos y serán como dioses” (Gn 3,5). El resultado fue verse desnudos y constatar su fragilidad (Gn 3,7).

El pecado por esencia es el de la idolatría y la mentira. Esa es la causa de todos los males. Cristo declara la incompatibilidad de la codicia y del servicio a Dios: “No pueden servir a Dios y al Dinero” (Lc 16,13). “¿Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!” (Lc 18,24). Pablo lanza al anatema “a los que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador” (Rm 1,25). “Tengan entendido que ningún codicioso –que es ser idólatra- participará en el Reino de Cristo y de Dios” (Ef 5, 5). “Mortifiquen la codicia, que es una idolatría... No se mientan unos a otros” (Col 3,5-9). “La raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe” (1 Tm 6,10). “Cada uno es probado por su propia concupiscencia. Después la concupiscencia da luz al pecado” (St 1,14-15).

No es que el Verbo se haya hecho hombre sólo para redimirnos del pecado. Pero la liturgia de la vigilia pascual celebra: “¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!”

La razón fundamental de la Encarnación la subrayó Duns Escoto: “La encaró directamente en la perspectiva de la predestinación de Dios con la pregunta: <¿Cristo fue predestinado a ser Hijo de Dios?>, y no indirectamente, en la de la redención y además de forma hipotética: <si Adán no hubiese pecado, ¿el hijo se habría encarnado?>, ni en la otra sobre los varios motivos de la encarnación. El Doctor Sutil va directamente al manantial del misterio de Cristo, a su predestinación por parte de Dios”<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> S. Agustín, tomo XXIII, *Sermón 169*, p. 661.

<sup>12</sup> J. Iamarrone, *Cristología*, en J.A. Merino y F. Martínez (coord.): *Manual*

Sin el pecado o por el pecado Cristo se hace presente como viático. Nuestra debilidad le conmueve. Se apiada de los enfermos, de los pobres, de los niños, de las viudas y en general de los débiles<sup>13</sup>. En la economía actual se propone buscar no a los justos sino a los pecadores (Mt 9,13). No es un programa estrictamente de justicia, sino de misericordia: “No quiero sacrificio sino misericordia” (Mt 9,13). Actúa como el samaritano del camino, solidarizándose con el hombre malherido en la profanidad existencial, no en el ámbito de lo sagrado (Lc 10,30-37).

Nueva paradoja de Jesús Camino: su presencia y su ausencia. Es tránsito, es Pascua. Despidiéndose, reafirma su presencia: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Pero en la presencia de Betania, recuerda su ausencia: “A mí no siempre me tendrán” (Jn 12,8). Presencia y ausencia en parámetros de contemplación y de actividad. “Profetizamos en tu nombre, expulsamos demonios, hicimos milagros... Jamás les conocí” (Mt 7,22-23). Pero el gesto de una mujer derrochando perfume sin acordarse de los pobres, será parte de la Buena Nueva en el mundo entero (Mt 26,13). “Estamos ante las dos grandes dimensiones de la existencia cristiana: la justicia y la gratuidad. La gratuidad del amor primero de Dios, que nos recuerda que todo auténtico amor es, en la raíz, algo gratuito; y la práctica de la justicia, reconocimiento de los derechos de todos, en especial de los más pobres... Jesús mantiene vigente la atención y la solidaridad con el pobre, es una ineludible tarea diaria del cristiano. Por su parte, la acción gratuita de la mujer anónima expresa un afecto sin condiciones, deseo –sin eficacia inmediata– de vida, amistad pura y simple; sin ella no hay verdadera solidaridad con los pobres”<sup>14</sup>. “Aunque repartiera todos mis bienes, si no tengo caridad, nada me aprovecha” (1 Co 13,3). Nos lo recuerda un himno del oficio de lectura:

*“Jesús es el que viene y el que pasa  
en Pascua permanente entre los hombres,  
resuena en cada hermano su palabra,  
revive en cada vida sus amores.”*  
(Domingo de la I Semana).

---

de Teología Franciscana, BAC, Madrid 2003, pp. 176-177.

<sup>13</sup> J.M. Castillo, *Los pobres y la teología*. Desclée, Bilbao 1997.

<sup>14</sup> G. Gutiérrez, *Memoria y Profecía*, en *Revista latinoamericana de Teología*, 60 (2003) 281-282.

La idolatría y la mentira, génesis de muerte, el Hijo del hombre las combatirá con la pobreza. “No tuvo dónde reclinar la cabeza” (Lc 9,58). “La riqueza ahoga la palabra de Dios” (Mt 13,22). “¡Ay de los ricos!” (Lc 6,24). “Bienaventurados los pobres porque de ellos es el Reino” (Lc 6,20). Es una pobreza no sólo sociológica, sino también antropológica<sup>15</sup>, un modo de vivir sin codicia y sin propiedades: “Mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso” (1 Tm 6,8).

Este vivir en pobreza no todos lo entienden pero es la única forma de superar la mentira idolátrica: Dejar que Dios sea Dios; dejar que el hombre sea hombre sin pretender ser Dios. Asumir la gratuidad, el agradecimiento y la dimensión afectiva sin preocuparse demasiado por la efectividad. Ofrecer, desde nuestra infancia espiritual, los cinco panes y los dos peces, a todas luces insuficientes para cinco mil personas (Jn 6,9). Cristo hará lo demás. La pobreza se convierte así en posibilidad de salvación<sup>16</sup>.

Quizás hemos menospreciado estos gestos de pobreza y sencillez y dimos preferencia a las cruzadas. Dios no piensa como nosotros. Se ha dicho que el siglo XIII fue el más equilibrado de la historia cristiana: “Surgió lo que nadie esperaba: Francisco de Asís. Su vida encarnaba la protesta contra el poder y la riqueza, en mensaje silencioso. Ocurrió el milagro”<sup>17</sup>. Tampoco hemos comprendido el movimiento pentecostal. “Apareció en los albores del siglo XX. Acabó siendo el fenómeno religioso más importante del siglo. “Se trata de un movimiento que ofrece respuestas ante el individualismo y el subjetivismo de la nueva sociedad. Suprime todo lo que quedaba de la religión popular y desacraliza al clero”<sup>18</sup>.

La creación y la revelación se hacen históricas. La revelación pasa de la heteronomía a la autonomía restableciendo su unidad. Una revelación definitiva, (es la pregunta del Bautista al Nazareno: ¿Eres tú el que ha de venir? (Mt 11,3)) sólo lo será desde la transparencia de la autenticidad y desde el autosacrificio del mediador. “Una revelación es verdadera y definitiva si tiene el poder de negarse a sí misma sin por ello perderse. El portador de la revelación final debe

---

<sup>15</sup> F. Carrasquilla, *La otra riqueza*. Medellín 1997.

<sup>16</sup> J.M. Tillard, *La salvación misterio de pobreza*. Sígueme, Salamanca 1968.

<sup>17</sup> J. Comblin, *Experiencias de crisis en la historia del cristianismo*, en *Concilium* 311(2005)401.

<sup>18</sup> J. Comblin, art. cit. p. 398.

renunciar a su finitud, a su vida"<sup>19</sup> en favor de la infinitud, para que Dios sea Dios. Estamos asomándonos a la dimensión sacrificial de la Eucaristía. "Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito" (Jn 16,7). "Si el grano de trigo no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto" (Jn 12,24). La gran paradoja de muerte y vida: "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Jn 11,25-26). Es una muerte liberadora: "El que cree en mí, no cree en mí sino en el que me ha enviado" (Jn 12,44). La crucifixión es la muerte de todas las imágenes de Dios, la muerte de las idolatrías.

Los discípulos no entendían, se resistían a la muerte, pretendían el triunfo y la eternidad de lo finito y temporal, la divinización de lo no divino. "¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!" (Mt 16,22). "Dios mismo es la fuente de liberación radical de todas las formas de idolatría, porque la adoración de lo no adorable y la absolutización de lo relativo, lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana: su relación con Dios y su realización personal"<sup>20</sup>.

Este es el misterio de la Pascua: morir para resucitar. Cristo es plena libertad y autonomía: "Por eso me ama mi Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente" (Jn 10,17-18).

Lo paradójico aflora constantemente. Por un lado el amor a sí mismo: "Toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*" (Gal 5,14). Y por otro lado: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame" (Lc 9,23). Aceptarse y negarse, misterio de salvación. No sólo para los jóvenes, sino para todas las edades<sup>21</sup>. Concluye el artículo citado: "El "amor a sí mismo es un lujo humano, fuente de satisfacción personal, al que no podemos renunciar. Pero ese lujo tiene un precio. Y hay que pagarlo. Ese precio es la abnegación o negación de sí mismo. Lo dicho. No hay contradicción en ello. Así de sencillo".

Este es el misterio de la historia: un camino hacia la plenitud que exige la aniquilación de lo accidental para dar paso al Espíritu, que resucitó a Cristo de entre los muertos. Escuchemos a Pablo: "El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también

<sup>19</sup> P. Tillic, *Teología Sistemática*, tomo I, Sígueme, Salamanca 1982, p. 176.

<sup>20</sup> Puebla, n. 491.

<sup>21</sup> J.M. Lahidalga Aguirre, *Un mensaje para la gente joven: negarse y amarse a sí mismo no se contradicen*, en *Surge* (julio-agosto 2005) 379-392.

herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados” (Rm 8,16-17).

### 4. Misterio de la escatología

La protología desencadena una historia con la meta de la salvación escatológica. Recordamos a San Agustín repitiendo: “El que te creó sin ti, no te salvará sin ti”. Dios pide tu esfuerzo, insuficiente pero necesario para que la salvación no sea forzada sino libre. Nacimos bajo la ley de la heteronomía, vivimos bajo una auténtica autonomía, pero la salvación será fruto de la teonomía. El conflicto entre heteronomía y autonomía será superado con la unidad esencial de la teonomía, que es la transparencia de la verdad y el autosacrificio de lo accidental<sup>22</sup>. El anonadamiento es el paso para la resurrección. La carta a los efesios lo detalla: “¿Qué quiere decir <subió> sino que antes <bajó>?” (Ef 4,9). Anteriormente lo ha explayado: “Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues han sido salvados por la gracia mediante la fe, y esto no viene de ustedes, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos, creados en Cristo Jesús” (Ef 2,4-10).

La Gracia se transforma en Gloria, el camino desemboca en Vida Eterna. Lo comenta el Vaticano II: “Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: Abba!, ¡Padre!” (GeS 22).

El itinerario que se nos ha revelado sería el siguiente: **Al principio** fue el amor gratuito de Dios que nos trajo a la existencia. Fue el Amor primero (1 Jn 4,18). **Después** comenzamos a caminar la ambigüedad de la historia, historia de gracia y de pecado, de vencimientos y caídas, de idolatrías y de pobreza, de presencia y ausencia divina. El Amor divino no se impuso a la fuerza, se hizo “Amor anonadado” (Flp 2,7). Amor a sí mismo y negación de sí mismo. La Eucaristía

---

<sup>22</sup> P. Tillic, *Teología sistemática*, tomo I, Sigueme Salamanca 1982, p. 194.

era el viático que nos remontaba al Amor primero y nos revelaba el amor anonadado, crucificado. **Finalmente**, recorrido nuestro camino, llegamos al Amor Nuevo (Ap 21,5). “Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin” (Ap 21,6).

En la etapa final nuestra unión con Cristo no es sólo simbólica o sacramental. “Con Cristo estoy crucificado” es la descripción del camino. Pero añade Pablo: “No vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,19-20). Esta vida en Cristo no sólo moral sino ontológica es la definitiva. La frase paulina de “recapitular todo en Cristo” es la síntesis: “En la plenitud de los tiempos hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1,10). Es la idea teológica de la “personalidad corporativa de la Humanidad Nueva del Resucitado”. “Jesús, que era el Alfa de la creación en cuanto Primogénito de toda criatura, pasa a ser ahora su Omega, en cuanto Recapitulador de toda realidad”<sup>23</sup>.

La Eucaristía es sacramento. Pero en la vida eterna no habrá sacramentos: “Los sacramentos e instituciones pertenecen a este tiempo” (LG 48). Lo que es sacramento, la Eucaristía, dejará de ser signo para pasar a ser realidad inmediata de unión con Cristo, en una incorporación personal. “La doble traducción posible de *Maranatha* (‘ven, Señor’ o ‘el Señor viene’), grito de alegría y esperanza nacido del corazón de la primera Iglesia, no se contraponen sino que más bien se complementa, expresando a la vez la compleja realidad de la salvación presente y la futura esperanza”<sup>24</sup>.

La vida eterna será cristiana, centrada en Cristo, hijos en el Hijo (GeS 22). “En él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y ustedes alcanzan la plenitud en él” (Col 2,9). Entre Cristo y nosotros hay cierta connaturalidad: “¿Puede darse auténticamente una forma perfecta de participación mutua en el ser sin una mínima homogeneidad en ese mismo ser? El diálogo de Jesús y Felipe nos parece decisivo: ‘El que me ha visto a mí, ha visto al Padre’ (Jn 14,8-9). La realidad humana del Hijo de Dios no es el *tertium quid* interpuesto entre la persona humana y la persona divina, sino el lugar (el único lugar) del encuentro entre el hombre y Dios”<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> J.I. González Faus, *La Humanidad Nueva*, Sal Terrae Santander, 7ª ed. 1984, p. 297.

<sup>24</sup> J.M. Sánchez Caro, *Eucaristía e Historia de la Salvación*, BAC, Madrid 1983, pp.435-436.

<sup>25</sup> J.L. Ruiz De La Peña, *La otra dimensión*, Sal Terrae Santander 1986, pp. 244-245.

Y el actual Romano Pontífice, Benedicto XVI, escribió cuando firmaba como Ratzinger: “El cielo es algo primariamente cristológico. No es un lugar ahistórico, <al que> se llega. El hecho de que haya cielo, se debe a que Jesucristo existe como Dios hombre, y a que es él quien ha dado al ser humano un lugar en el ser mismo de Dios. El hombre está en el cielo cuando y en la medida en que se encuentra con Cristo, con lo que halla el lugar de su ser como hombre en el ser de Dios”<sup>26</sup>.

Ha tenido lugar la Pascua, el tránsito. La Pascua israelita fue el paradigma central del Primer Testamento. Se inmola un cordero entre dos luces. Con la sangre se untará la puerta y el dintel de la casa. La carne se comerá asada, con panes ázimos. “Así lo han de comer: ceñidas las cinturas, los pies calzados y el bastón en la mano, y lo comerán de prisa. Es la Pascua de Yahveh” (Ex 12,11). No hay tiempo para demorarse.

La Pascua del Nuevo Testamento tiene su propio rito: “Tomó el pan y dando gracias lo partió y se lo dio diciendo: <Éste es mi cuerpo que es entregado por ustedes; hagan esto en recuerdo mío>. De igual modo, después de cenar, tomó la copa diciendo: <Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por ustedes >” (Lc 22,19-20). “Habiendo llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).

Ha terminado el camino, que es verdad y es vida (Jn 14,6). Se nos exhorta: “Crezcamos hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, siendo sinceros en el amor” (Ef 4,15). La traducción que presenta la Vulgata es sugerente: “veritatem facientes in charitate”. Esta traducción la imagino sobre la base de la autodefinición cristológica: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). No son tres pasos sucesivos: primero caminar, después llegar a la verdad, y finalmente a la vida. Se implican mutuamente: el camino es verdadero en sí y ya es vida. La frase de la Vulgata acentúa esta implicación: “haciendo (el camino de) la verdad en el amor”. La Pascua es camino de verdad y de amor. Por eso puede ser tránsito, pascua, a la Eternidad. Volviendo a Tillard que fundamenta la posibilidad de salvación en nuestra pobreza, lo comenta de la siguiente manera: “Teológicamente hablando, es sobre todo en el acontecimiento pascual donde se realiza a la vez el misterio supremo de la pobreza humana y el misterio de la soberana eficacia de esta pobreza. La pascua es el misterio de la suprema

---

<sup>26</sup> J. Ratzinger, *Escatología*, Herder, Barcelona, 1992, p. 217.

pobreza de Jesús (pobreza de corazón y pobreza física) que se convierte en causa eficaz de salvación para todos los hombres. Allí se cumple a la perfección aquella liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que ustedes fuesen ricos por su pobreza (2 Co 8,9)<sup>27</sup>. Es el texto fundamental de la kénosis: “Se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres, obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó...” (Flp 2,7-9). Es el peregrinaje de este mundo al Padre. De la conjunción de estas dos pobrezas (pobreza sociológica y pobreza cordial) de donde brota la salvación; aquí germina la resurrección que salva y enriquece a la humanidad rescatada<sup>28</sup>.

En la escatología todos los bienaventurados conservan su condición de criaturas, limitadas y pobres. Pero no serán pobres sociológicamente, ya que la dialéctica ricos-pobres es sólo una realidad histórica. La pobreza salvífica, juntamente con la gracia divina, es la pobreza antropológica, una cosmovisión humanizadora. “Dios es simplicidad y no necesita ninguna criatura para ser feliz. Crea el mundo para regalar felicidad. Es desprendimiento, oblación. No necesita tener, le basta ser. Es la pobreza original. Aquí radica el misterio de su riqueza (no le falta nada) y el de su pobreza (no tiene nada). Nosotros podemos coincidir con Dios en su pobreza antropológica: ‘Como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos’ (2Co 6,10)<sup>29</sup>.”

Y San Agustín realizando la vertiente pobre de Jesús: “Cristo pobre en nosotros, con nosotros y por nosotros”<sup>30</sup>.

En definitiva, podemos concluir que la recapitulación en Cristo es posible a través de la con naturalidad entre los hombres pobres, Jesús pobre y Dios pobre en su dimensión antropológica. Es curiosa la afirmación: “Cuando la Iglesia se dirige a los pobres no es simplemente porque su dolor y su miseria despierten su compasión. Se debe principalmente a que se reconoce en ellos. Un misterioso parentesco, una secreta con naturalidad se da entre el misterio de la Iglesias y el de los pobres”<sup>31</sup>.

<sup>27</sup> J.M.R. Tillard, *La salvación, misterio de pobreza*. Sígueme, Salamanca 1968, p. 25.

<sup>28</sup> J.M.R. Tillard, obra citada, p. 33.

<sup>29</sup> C. Bazarra, *Sólo Dios es pobre*, en ITER (septiembre-diciembre) 2004, p. 127.

<sup>30</sup> S. Agustín, *Enarratio in Psalmum* 101, 2.

<sup>31</sup> J.M.R. Tillard, *La salvación misterio de pobreza*, p. 11.

## 5. Misterio de la Eucaristía

Nos hemos asomado a la realización del plan de Dios, desde el Amor Primero (1 Jn 4,18), (Protología), a través de la historia humana, manifestación del Amor Anonadado (Flp 2,7), hasta la consumación del Amor Nuevo (Ap 21,5) (Escatología). Hemos hecho algunas alusiones a la Eucaristía, pero ya es hora de cifrar estas tres etapas: Protología, Historia y Escatología, en la persona de Jesucristo. Porque hemos de partir de que el misterio eucarístico es el misterio del mismo Cristo, y comprendiendo la realidad y misión de la Segunda Persona de la Trinidad, comprenderemos el sacramento de la Eucaristía. ¿Qué podemos decir del Verbo hecho hombre? Podía no haberse hecho Eucaristía, pero optó por esa forma sacramental.

La Eucaristía no es un objeto, una cosa, un recipiente donde Cristo se ha escondido. La Eucaristía es una Persona Divina, histórica, con un pasado eterno y un futuro eterno. El pasado es el principio, la Palabra, la vida (Jn 1,1-4). El futuro es la plenitud, la superación de la muerte (Ap 21,4).

Desde el principio la Divinidad nos mantiene en la existencia, es la causa cuasi-formal. "Tu eras interior íntimo meo"<sup>32</sup>. A lo largo de nuestra historia pudimos alejarnos por el pecado, pero él seguía dándonos vida. La plenitud Cristo la brindó por medio del Espíritu. "Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado" (Jn 7,39).

En la vida terrena de Jesús no realizó el sacramento eucarístico porque éste se constituye precisamente por su oblación. No hay Eucaristía sin oblación. Jesús en la cruz dijo: Todo está cumplido. "E inclinando la cabeza entregó el espíritu" (Jn 19, 30). Una frase altamente expresiva: morir y dar vida entregando su Espíritu.

El Espíritu eleva la presencia divina a una **conformación** trascendente. El Espíritu nos permite no sólo imitar de modo epidérmico a Jesús, sino seguirlo, transformándonos en él. Podemos amar como ama Cristo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5,5). "Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2,19-20).

---

<sup>32</sup> S. Agustín, *Confesiones* III, 6, 11.

En la Eucaristía Cristo no está momificado, estático, sino que su presencia es esencialmente oblativa, ofreciéndose y dándose. La significación para nosotros se manifiesta principalmente en la celebración del sacrificio de la Misa, como ocurrió en la última cena y en la peregrinación hacia Emaús, más que en la conservación de las especies sacramentales en beneficio de los enfermos y moribundos. Fuera de la Misa y en el sagrario también está Cristo, pero su simbolismo alcanza la plenitud en el sacrificio más que en la adoración.

La resurrección es obra del Espíritu. Claramente lo proclama Pablo: “Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también vida a sus cuerpos mortales por su Espíritu que habita en ustedes” (Rm 8,11). La exhortación de S. Pedro Crisólogo confirma esta perspectiva: “Adoptados como verdaderos hijos de Dios, llevemos íntegra y con plena semejanza la imagen de nuestro Creador: no imitándolo en su soberanía, que sólo a él corresponde, sino siendo su imagen por nuestra inocencia, simplicidad, mansedumbre, paciencia, humildad, misericordia y concordia, virtudes todas por las que el Señor se ha dignado hacerse uno de nosotros y ser semejante a nosotros”<sup>33</sup>.

La Eucaristía hay que orarla en la perspectiva global del Reino de Dios. La Eucaristía se cifra en tres momentos fundamentales:

El principio, cuando Dios gratuitamente nos amó primero. Comulgar es revivir este amor primero. Dios nos amó sin consultarnos. Es la etapa de la heteronomía divina. Nosotros no hicimos nada para merecerlo.

En el segundo momento, ya en la existencia, Dios nos concede autonomía. Nos brinda libertad. Él se retira, se esconde anonadándose. Y descubrimos la presencia de los otros. No estamos solos La Eucaristía desvela la posibilidad de corresponder a su amor o de rechazarlo, aceptando al prójimo como hermano o negándolo. El otro en su alteridad se convierte en posibilidad de amar a Dios. “Si alguno dice: ‘Amo a Dios’ y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20). Este es el mensaje esencial eucarístico: “Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego puedes presentar tu ofrenda” (Mt 5,23-24). He aquí el efecto de la

---

<sup>33</sup> S. Pedro Crisólogo, *Sermón 117*: PL 52, 521.

Eucaristía: “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32).

En la escatología, el tercer momento, ya definitivo, Cristo recapitula a todos como miembros suyos. Vida trinitaria a través del Hijo. Somos hijos en el Hijo (GeS 22). Es la personalidad corporativa de la Humanidad Nueva. Ya no habrá Eucaristía. “Todo esto es sombra de lo venidero; pero la realidad es el Cuerpo de Cristo” (Col 2,17). “Todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1Co 12,12-13). Desde la **heteronomía** divina, pasando por la **autonomía** humana, se nos concede la **Teonomía** plena. No seremos dioses. Creernos divinos sería el pecado fundamental de la mentira y de la idolatría. Seguiremos siendo humanos, como el mismo Hijo de Dios.

Resumo la Teología de la Eucaristía con la expresión **encuentro personal**. Superando lo cosmológico, la Eucaristía se desarrolla en un nivel personalista:

Desde el punto de vista del hombre o mujer, el comulgante ha de actuar no de modo automático, sino con sus facultades de conciencia y de afectividad. Lo rutinario despersonaliza el sacramento.

En la Eucaristía se realiza un encuentro entre personas: la del comulgante con la persona de Cristo Resucitado. Ya no es un cuerpo mortal y caduco, sino un cuerpo espiritual, incorrupto, glorioso (1Co 15,42-44). Es la persona de Cristo la que sale a nuestro encuentro.

Pero la persona resucitada implica la persona del Espíritu Santo. La Eucaristía no es sólo presencia cristológica, sino eminentemente pneumatológica. El Espíritu no es sólo una fuerza, sino un ser personal, “Señor y Dador de vida, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado” (Concilio Constantinopolitano I, DS 150). La epiclesis es central en la Eucaristía. “No es posible separar la palabra y la obra de Cristo de la actuación y la potencia de su Espíritu...La epiclesis nos recuerda que la transformación de los dones y la presencia de Cristo no son un proceso automático o un milagro súbito, consecuencia de unas palabras mágicas, sino fruto de la actuación del Espíritu”<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> M. Gesteira, *La Eucaristía, misterio de comunión*. Ed. Cristiandad, Madrid 1983,

Recordemos que en la celebración tenemos dos epiclesis: una sobre los dones y otra sobre los oferentes. Esta segunda epiclesis ruega que nosotros formemos en Cristo un solo Cuerpo y un solo Espíritu. "No es la comunidad la que dispone de Dios, sino que se pone a disposición de Dios y de su iniciativa... La epiclesis nos hace confesar que es el Espíritu el que santifica, el que transforma, el que da vida, como en la Encarnación, en la Resurrección y en Pentecostés"<sup>35</sup>.

Es un encuentro trinitario, en cuanto que el Hijo y el Espíritu nos incorporan al Padre en el misterio de la Santísima Trinidad.

Y finalmente es encuentro personal no sólo con Dios sino con todos los miembros de la Iglesia, formando el Cristo místico y real, más allá de las especies sacramentales, la Iglesia peregrina y la Iglesia triunfante<sup>36</sup>.

Termino con un pensamiento sencillo: **Comulgar no es comer**. "El Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo. Toda vez que quien así sirve a Cristo, se hace grato a Dios y aprobado por los hombres" (Rm 14,17-18).

**Comulgar es dejarse comer**, en seguimiento de Cristo: "Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida" (Jn 6,55). "El Espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que he dicho son espíritu y son vida" (Jn 6,63).

Todo seguidor de Cristo, todo comulgante tiene que ser una persona que entrega su vida por el Reino. Sólo dejándose comer se muere y se resucita para la vida eterna. Esa es nuestra esperanza.

---

pp. 601-602.

<sup>35</sup> J. Aldazabal, *La Eucaristía*, en D. Borobio (dir.) *La celebración en la Iglesia*, II, Sacramentos. Ed. Sígueme, Salamanca 1994, pp. 327-328.

<sup>36</sup> H. Lubac, *Corpus Mysticum*, París 1949.



## INFORMACIÓN SOBRE LOS CURSOS

### 1. JUSTIFICACIÓN

*La formación de los laicos debe ser gradual, integral, continua y progresiva: desde la catequesis inicial hasta la profundización en los misterios de la fe y la iluminación, desde la Sabiduría, de todo el saber humano. La formación, tiene que adecuarse permanentemente a las exigencias de los tiempos y preparar a los creyentes para el testimonio de vida (CPV, El Laico católico, fermento del Reino de Dios en Venezuela, N° 72).*

### 2. OBJETIVO DEL CURSO

*El Centro de Estudios a Distancia del ITER, en asociación con el Instituto Internacional de Teología a Distancia (IITD) de Madrid, ofrece con el Plan de Formación Básica, a los laicos comprometidos, la oportunidad de profundizar en el conocimiento de la fe que les lleve a potenciar una acción pastoral cualificada en sus Iglesias locales y a una presencia testimonial en la sociedad en que viven.*

### 3. FORMACIÓN BÁSICA: Cuatro semestres.

**Seminarios opcionales:** Uno por semestre.

### 4. ESPECIALIZACIÓN: Dos semestres.

### 5. TITULACIÓN: Diploma en Formación básica pastoral.

### 6. RÉGIMEN ACADÉMICO

- Estudios a distancia mediante un texto para el autoaprendizaje y prueba de evaluación a distancia.
- Asesoría personalizada por correo electrónico, por teléfono o en la oficina.
- Tutorías mensuales, día sábado de 8.30 am a 1.00 pm según calendario.

### 7. INFORMACIÓN

En la oficina del CEDITER: teléfono 0212- 808 7526 (lunes a viernes de 9 am a 1 pm). Dirección: 3ª avenida con 6ª transversal – Altamira – Caracas. Correo electrónico: [cediter@ucab.edu.ve](mailto:cediter@ucab.edu.ve).